

La nutricionista Verónica de la penitenciaría de Valparaíso vino e hizo entrevistas a John y otros, prometiendo comenzar la dieta para ellos el viernes o el lunes. Ella recordaba a John del módulo 118 y dudaba del relato de Felipe de que todo el módulo había cambiado al 109, ya que no había realizado ninguna modificación al calendario de dietas del 118. El peso de John (vestido con suéter de invierno y ropa interior larga) era de 127 kilogramos, básicamente el mismo que su pesaje en Rancagua, pero claramente una talla de cinturón más gordo que su punto más bajo durante la cuasi-inanición sufrida en Rancagua. También recuperó un centímetro y ahora medía 187. John preparó su saco de encomienda de salida temprano y, además de pasear y escribir un poco, no hizo nada más que ganarle dos veces al ajedrez a Mario 3—compleutando su partida número trescientos sesenta y seis. El rancho del mediodía fue de los mejores que había visto John en todo el año: papas cocidas en gajos, zanahorias y cebollas con trozos de cerdo, más ensalada de zanahoria rallada y lechuga. “La nutricionista debería venir más seguido”, pensó John, “para que los pacos y el personal de cocina preparen mejor comida para impresionarla”. Verónica había preguntado qué alimentos le llevaban en visita y por encomienda, lo que era mucho más frecuente que en Valparaíso (donde ambas cosas se combinaban en dos días, frente a más de cuatro días por semana en Casablanca). Puso cara de confundida al escuchar la variedad de alimentos que John podía comer y así evitaba el rancho. Se sorprendió de que él y otros reos crónicos tuvieran que comer rancho en vez de dieta, pero no se había ofrecido dieta durante los nueve meses de John en la cárcel, ni él había visto jamás a una nutricionista, ni médico ni enfermera. ¿De verdad creía Verónica que a los pacos les importaba la alimentación o dieta de los enfermos? Hasta donde John pudo averiguar, no había habido nutricionista en años, mucho menos personal médico entrenado. ¿Sabía ella que la falta de atención médica contribuyó a la muerte de Marcelo 2? Al final, John supuso que ella simplemente restó importancia a la molestia en su conciencia como una ineficiencia inextricable y pensó, probablemente, “¿Qué más da si al final todos son criminales?” Pamela se mostró un poco divertida y confesó que lo único de “ayuda” que Solange realmente le dio fue el número de Roa (la línea general de Casablanca), lo cual no sirvió de nada ya que Roa no quiso o no pudo programar exámenes médicos para su esposo. Pamela iba a intentar llamar a las dos personas que hablaron con John recientemente de la Defensoría Regional. Siempre había un furgón de gendarmería estacionado fuera de la cárcel, así que se preguntaba por qué decían que no había vehículo para llevar a John al médico o al hospital.